

Maestro del oficio universitario

Carmen Castillo
Catedrática de Filología Latina
Universidad de Navarra

Mis primeras palabras deben ser hoy de reconocimiento a la Facultad de Derecho por haberme honrado invitándome a participar en este acto, a pesar de que no pertenezco al mundo jurídico. Tengo, sin embargo, motivos para considerar que la invitación está justificada: Don Álvaro ha sido –como he dicho tantas veces– maestro mío en el quehacer universitario.

Lo conocí en octubre del año 1961; era la sesión de apertura de curso. Estábamos en la Capilla del Museo de Navarra, dispuesta en aquel momento como Salón de Actos. Yo –recién licenciada en Filología Clásica– escuchaba desde el coro la lección inaugural sobre *La Era Hispánica*, que luego se publicó en una incipiente colección llamada Mundo Antiguo, de la que hemos emprendido una nueva serie hace pocos años.

Sabía yo de la incorporación de don Álvaro al entonces Estudio General de Navarra por unas

palabras que había oído directamente al fundador de la Universidad en octubre de 1960; comunicaba con satisfacción la inmediata presencia entre nosotros de un romanista de gran saber y prestigio internacional.

Al poco tiempo tuve la osadía de solicitar de don Álvaro la dirección de mi tesis doctoral; eso sí, previa presentación hecha por el profesor Fontán, entonces Decano de Filosofía y Letras, que había sido profesor mío en la Universidad de Granada.

El magisterio de don Álvaro y su influencia sobre mi vida profesional comenzaron ahí. En aquellos primeros años de la que ya se llamaba Universidad de Navarra, don Álvaro además de sus tareas docentes y de investigación, había sido nombrado Bibliotecario General de la Universidad y estaba poniendo las bases de la espléndida Biblioteca de la que hoy disfrutamos.

Como director de tesis, me propuso un tema pionero y me enseñó a trabajar. Después de la colación de grado, me sugirió que enviara ejemplares de la tesis, en su forma mecanografiada, a especialistas de todo el mundo para incorporar sus observaciones a la publicación definitiva. Yo iba, día tras día, a Correos con aquellos paquetes enormes en los que se incluía una tarjeta del propio don Álvaro, y pensaba para mis adentros: esto es la plasmación práctica de aque-

llo que Eugenio d'Ors llamaba «grandeza y servidumbre de la inteligencia».

Unos años después, don Álvaro me dijo que podría sucederle en la tarea de redactar una Crónica epigráfica de *Hispania*, que él venía presentando a los Congresos Internacionales de Epigrafía Griega y Latina. Gracias a esas crónicas, iba yo siendo conocida en aquellos ambientes como *la figlia del d'Ors* (así me llamaba Giovanni Forni).

En abril de 1987, siguiendo una sugerencia casi imperatoria de G. C. Susini, organizamos aquí un Coloquio Internacional –en homenaje a don Álvaro– que llevó el título de *Epigrafía Jurídica Romana*.

Por estos años, cuando ya don Álvaro podía haber disfrutado de una mayor amplitud de tiempo para sus trabajos, no sólo impartía sus enseñanzas en la Facultad de Derecho sino también en la de Derecho Canónico, como antes había hecho también en la Escuela de Bibliotecarias en un ámbito distinto del saber y con una generosidad sin límites. Fruto de estos últimos cursos son los cuatro fascículos sobre el *Sistema de las Ciencias* que publicó entre 1969 y 1977.

Imposible encerrar en estas pocas palabras la talla humana, la firme defensa de sus convicciones, la seguridad en sus criterios, la claridad de su percepción que descubría novedades en lo ya conocido, avizoraba lo porvenir o sistematizaba lo disperso y

reflexionaba –aun sobre lo que podía parecer banal– dándole un relieve insospechado.

Era don Álvaro un hombre de una pieza. Todo lo que decía era verdad: no quiero decir con esto que fuera infalible; quiero decir que nunca su palabra hacía traición a su pensamiento, que solía mantener contra viento y marea. Su sí era sí, y su no, no. Nunca una ambigüedad. Siendo esto siempre así, en los últimos años se había suavizado sin embargo su forma de expresión...

Todo lo que digo y mucho más puede apreciarse mejor leyéndole a él mismo. Leo, para terminar, unos párrafos escritos, en respuesta a una tarjeta que le envié el pasado mes de septiembre desde el Congreso de Estudios Clásicos que se celebraba esos días en Santiago de Compostela. Como acaba de decir su hijo Miguel, don Álvaro no dejaba nunca de contestar las cartas que recibía. Está fechada el 27 de septiembre, y escrita en una cuartilla con el membrete del Departamento de Derecho romano, levemente tachado, y dice así:

Aunque resulta anacrónico, tengo que aprovechar el papel que me sigue suministrando Rafa Domingo; aunque yo no aparezca ya por la Universidad...

Gracias por su postal compostelana –de un Rector cuyo nombre no aparece–. Comprenderá qué fascinante fue para mí Santiago, en los 17 años que viví allí. No sabía

de ese congreso, ni de la intervención de un romanista; mi hijo Javier, con el que hablo por teléfono con cierta frecuencia, nada me dijo; aunque ya veo que él pasó por esa reunión muy fugazmente.

Yo sigo igual: feliz por haber acomodado mi vida a la situación real de 'espera y esperanza', y sin agobio de médicos, pues, a pesar de lo que me han detectado recientemente, yo prefiero esperar sin más lo que Dios haya pensado para mi purificación...

Sufro sí por lo que Vd. pueda padecer al ver la inevitable decadencia de las Humanidades. Envié un 'resto' para su homenaje, porque ya no soy capaz de escribir nada nuevo.

*Con todo afecto,
Álvaro d'Ors*

Gracias de nuevo, don Álvaro.